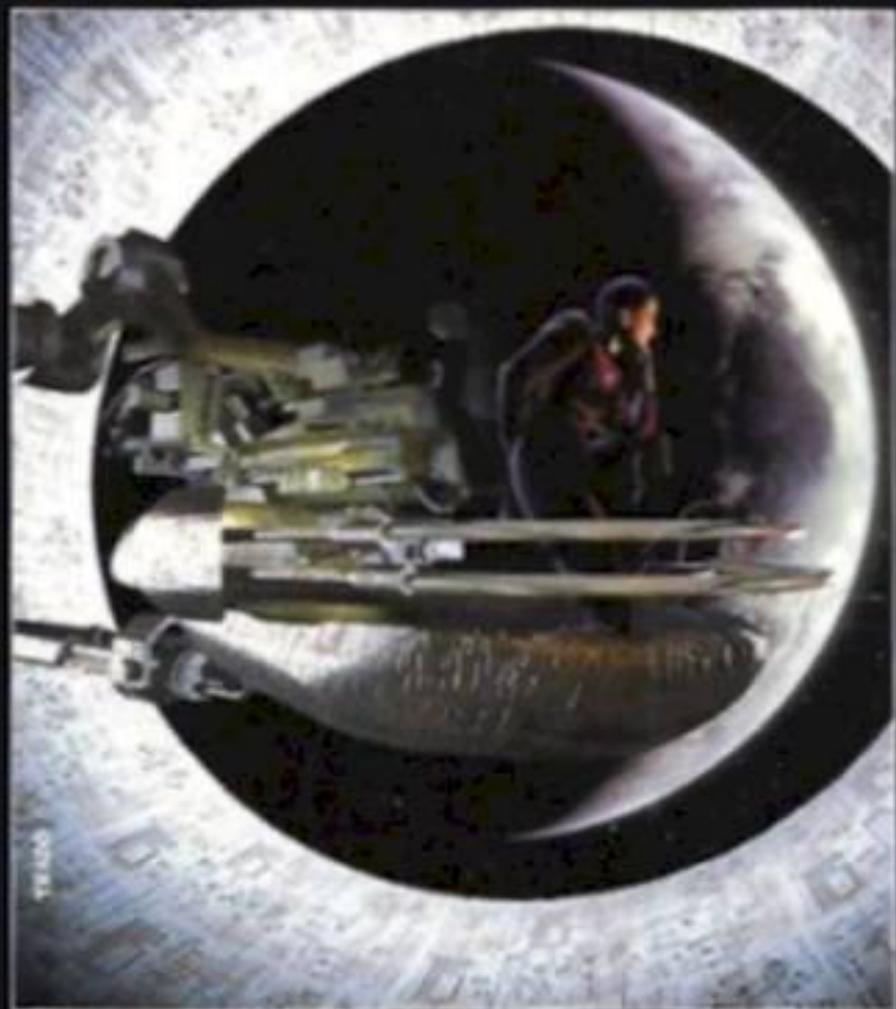


GREG BEAR



LEGADO

«Maravilloso... El verdadero modelo de un moderno escritor de ciencia ficción hard, creador de visiones de un tipo que nunca se ha conocido»

INTERZONE

NOVA
— — — — —

Desde el asteroide-nave Thistledown, la Vía permite llegar a un multiuniverso de muchos mundos. Lamarckia, cuya biología permite la herencia de los rasgos adquiridos, hace realidad la interpretación evolutiva de Lamarck (1744-1829) a la que se opusiera Darwin (1809-1882). La llegada de los humanos a un mundo así plantea con crudeza un angustioso interrogante: ¿Cuál puede ser el legado de la humanidad en tales condiciones?

Enviado por el Hexamon de Thistledown para espiar a los heréticos y tecnófobos «divaricatos» que han huido por una de las puertas de la Vía, el joven ser Olmy descubre el extraño mundo de Lamarckia, sus rencillas y enfrentamientos sociales y, sobre todo, sus misteriosos y sorprendentes «ecoi» que emiten vástagos exploratorios y parecen copiar todo aquello que perciben.

Embarcado en el Vigilante a la busca del conocimiento y la información, cual nuevo Darwin en un nuevo viaje del Beagle, ser Olmy recorre la tortuosa y agradecida senda del descubrimiento científico. Encontrará también el amor y la serenidad ante el futuro, mientras desarrolla su labor de espía entre las facciones políticas en que se ha dividido la sociedad de los «divaricatos» cercana a desencadenar una terrible guerra y, tal vez, un definitivo desastre ecológico.

*Para Bertha Merriman,
una pionera que vivió en tiempos más difíciles...
con el amor de un nieto.*

PRESENTACIÓN

Aunque no es ésta la razón por la que he seleccionado LEGADO para Nova éxito, les diré que esta novela forma parte de una curiosa trilogía. Primero se publicó EÓN (1985), una sorprendente especulación matemático-físico-cosmológica sobre el descubrimiento de un misterioso asteroide-nave llamado Thistledown, cuya Vía y sus puertas representan el posible camino de acceso a un multiverso de mundos. Con toda seguridad fue la obra que lanzó definitivamente a la fama a un autor hoy indiscutible como Greg Bear.

Más tarde, Bear escribió una interesantísima continuación, «sequel» para los ingleses, que tiene muy poco que envidiar al original. Se tituló ETERNITY (1988). Aunque «secuela», palabra derivada del latín «sequela», existe en castellano con el significado de «consecuencia o resulta de una cosa», es un sustantivo que no suele gustar a los correctores de estilo. Por eso he usado el término «continuación».

Pero en 1995, Bear rizó el rizo y publicó lo que se ha etiquetado en el mundo anglosajón como una «prequel» de EÓN. Se trata de este LEGADO (1995) que hoy presentamos en nuestra colección Nova éxito. Bueno, es lógico, si «secuela» no gusta a los correctores de estilo, imaginen qué va a ocurrir si intento hablar de una «precuela». Seguro que no cuele...

Si me han perdonado ya el fácil juego de palabras, les diré que una «prequel» como LEGADO es una novela que re-

cupera elementos de EÓN y ETERNITY, pero que se ambienta en un tiempo previo. En cierta forma, aunque escrita después, ocurre antes. El mismo *Thistledown* y su *Vía* y puertas de que se habla en EÓN y ETERNITY son el punto de arranque de una novela que, en su gran ambición especulativa, resulta estar centrada en un tema, la biología, un tanto al margen de la serie formada por EÓN y ETERNITY.

En cualquier caso, LEGADO nos ha brindado la oportunidad de publicar la trilogía completa en nuestras colecciones. Hemos empezado con LEGADO, en el número 10 de la colección especial Nova éxito. Seguiremos con el elemento central de la trilogía, ese EÓN que, si los duendes de la imprenta no lo impiden, se convertirá a principios de 1997 en el número 91 de la colección NOVA ciencia ficción. Finalizaremos con la secuela explícita de EÓN, ETERNITY, que, si todo va bien, será el número 12 en la colección NOVA éxito.

Personalmente lo que más me interesó de LEGADO es su novedad como especulación en torno a la biología. Esa es una, temática no muy habitual en la ciencia ficción pero que parece interesar mucho a Greg Bear. Así ha sido por lo menos desde el relato «Blood Music» (1983), que le supuso su primer doblete al conseguir los premios Hugo y Nébula.

En ese relato, posteriormente convertido en novela, Bear abordaba un tema de biotecnología con la presencia de células capaces de pensar y que componen una especie de ordenador biológico capaz de reconstruir a la humanidad.

Parte del interés de Greg Bear por la biología se percibe también en su más reciente novela, MARTE SE MUEVE (1993, NOVA ciencia ficción, número 82). En ella se hablaba ya de un hipotético pasado de Marte con una vida organizada en torno a una biología distinta: los «ecos» (plural «ecoi»), una nueva forma de vida perteneciente al pasado que Bear imagina para Marte. Esos mismos «ecoi» representan la gran riqueza especulativa de LEGADO, una biología

distinta y, además, son los extraterrestres más radicalmente distintos que ha imaginado la ciencia ficción en toda su historia.

Desde el asteroide-nave Thistledown, la Vía permite llegar a un multiverso de muchos mundos, uno de los cuales resulta particularmente sugerente.

Se trata de Lamarckia, cuya biología permite la herencia de los rasgos adquiridos, y en donde se hace realidad la interpretación evolutiva de Lamarck (1744-1829) a la que se opusiera Darwin (1809-1882). La llegada de los humanos a un mundo así plantea con crudeza un angustioso interrogante: ¿Cuál puede ser el verdadero LEGADO de la humanidad en tales condiciones?

Enviado por el Hexamon de Thistledown para espiar a los heréticos y tecnófobos «divaricatos» que han huido por una de las puertas de la Vía, el joven ser Olmy (destacado personaje «después» en EÓN y ETERNITY) descubrirá el extraño mundo de Lamarckia, sus rencillas y enfrentamientos sociales y, sobre todo, sus misteriosos y sorprendentes «ecoí», que emiten vástagos exploratorios y parecen copiar todo aquello que perciben.

Embarcado en el Vigilante en busca del conocimiento y de la información, cual nuevo Darwin en un nuevo viaje del Beagle, ser Olmy recorre la tortuosa y agradecida senda del descubrimiento científico. Encontrará también el amor y la serenidad ante el futuro mientras desarrolla su labor de espía entre las facciones políticas en que se ha dividido la sociedad de los «divaricatos», cercana ya a desencadenar una terrible guerra y, tal vez, un definitivo desastre ecológico.

Si EÓN es un prodigio de misterio y de especulación matemático-físico-cosmológica, LEGADO resulta aún más sorprendente: una rara especulación sobre la herencia y la evolución, al tiempo que nos muestra un curioso viaje ini-

ciático por los duros senderos de la vida, el amor, la guerra y el conocimiento científico.

LEGADO es, pues, una novela en la que se aúnan de forma sorprendente los que suelen considerarse los dos ejes centrales de la mejor ciencia ficción: la especulación inteligente y el verdadero «sentido de lo maravilloso». Porque especulación es la concepción de la compleja biología de un mundo nuevo como Lamarckia, una biología que parece apartarse de las soluciones de la biología terrestre centrada tal vez en esa maravilla de complejidad y diversidad morfológicas que constituye la célula.

Lamarckia parece organizada en torno a una biología diversa, y el viaje de ser Olmy es, en el fondo, el viaje del descubrimiento científico y de la búsqueda del conocimiento. La especulación biológica, como era lícito esperar de Bear, es sólida e interesante.

Pero no sólo de especulación vive la ciencia, ficción. LEGADO nos muestra también la maravilla de un mundo distinto, del conocimiento de una biología distinta en la que, como tantas veces se nos dice, está ausente el verdor tan típico de la Tierra. Ése es otro de los grandes elementos de esta novela, la sorprendente vida autóctona de Lamarckia que, en el clímax del viaje, nos llega incluso a mostrar una tormenta marina que es a un tiempo meteoro físico y sorprendente criatura viva. Un ejemplo impresionante del verdadero «sentido de lo maravilloso» tan típico de la mejor ciencia ficción.

Y junto a esos elementos tan clásicos, LEGADO nos muestra, como ya suele ser habitual en las últimas obras de Greg Bear, la complejidad político social de un mundo distinto y, ¿cómo no?, la evolución y el interesante proceso de maduración de un personaje, ser Olmy, que se ha de convertir en central en el resto de la serie.

No voy a decir más. De momento, disfruten con una especulación diferente y muy original en torno a una biología

realmente diversa, y con el curioso legado de la humanidad a un mundo extraño en donde se siguen las leyes de la herencia y la evolución lamarckianas.

Bear es siempre un autor seguro al que se ha galardonado repetidas veces con los premios Hugo y Nébula, y LEGADO sorprende como la obra impresionante que es, un nuevo hito en la moderna ciencia ficción.

No todos los autores actuales son capaces de especular con tanta seriedad y amenidad como hace Bear en esta brillante novela. Que ustedes la disfruten.

MIQUEL BARCELÓ

Prólogo

año de viaje 753

Yo estaba en el borde del conducto sur, aferrando una línea, y por primera vez en mi vida miré las estrellas que se extendían más allá de la masa de Thistledown. Cubrían el espacio profundo como una nube de nieve cristalina contra ónix negro. Constelaciones desconocidas giraban con prisa majestuosa, delatando la rotación del asteroide en torno a su largo eje.

El traje realizaba sus tareas en silencio, y por un tiempo también yo fui un punto de cristal en el centro de ese empuje de cristal, sintiéndome en paz. Busqué dibujos en las estrellas, pero mi compañera me interrumpió antes que pudiera hallar ninguno.

—Olmy —dijo, y se acercó flotando por la línea.

—Un momento.

—Hemos terminado aquí. Nos esperan fiestas, Olmy. Parranda y diversión... pero tú estás vinculado, ¿verdad?

Sacudí la cabeza con fastidio.

—Cuesta creer que algo tan enorme como Thistledown se pueda reducir a un punto —dije.

Ella escrutó las estrellas con una expresión que mezclaba la preocupación con el disgusto. Kerria Ap Kane había sido mi compañera en Defensa de la Vía desde el curso elemental; una buena amiga, aunque no precisamente un alma afín. Yo tenía pocas almas afines. Ni siquiera mi mujer vincular...

—Dame un minuto, Kerria.

—Quiero regresar. —Kerria se encogió de hombros—. De acuerdo. Un minuto. ¿Pero por qué mirar afuera?

Kerria nunca lo habría comprendido. Para ella ese asteroide, nuestra nave estelar, lo era todo, un mundo de infinitas oportunidades sociales: trabajo, amistades, incluso la muerte por Defensa de la Vía si era necesario. Las estrellas eran el exterior, el «lejano sur», y no significaban nada. Sólo la emocionaba la limitada infinitud de la Vía.

—Es bonita —comentó—. ¿Crees que alguna vez llegaremos a Van Brugh?

La estrella de Van Brugh, a cien años luz de distancia, había sido el objetivo original de Thistledown. Para la mayoría de la población naderita de la nave —incluida mi familia— era el sentido de nuestra existencia, un destino sagrado, y lo había sido durante setecientos años de viaje.

—¿Crees que podemos verla desde aquí?

—No —dije—. Este año es visible desde la mitad de la línea.

—Qué lástima —dijo Kerria, chasqueando la lengua.

Antiguamente, el cráter de diez kilómetros de diámetro del polo sur de Thistledown desviaba y dirigía las pulsaciones de los motores Beckmann. Los motores no se habían activado desde hacía cuatro siglos. Eché un último vistazo más allá del conducto, oteando la curva del hoyuelo del centro del cráter. Enormes y negros robots de muchas extremidades aguardaban en el borde, preparados desde horas antes para nuestra inspección.

—Está bien —dije a los robots—. Os podéis ir. —Apunté el repetidor y las máquinas retrocedieron, aferrando la cuesta redondeada con ganchos y zarpas, para regresar a sus deberes en la superficie del asteroide.

Descendimos por la línea del conducto, hacia el cruzatubos. Una oscuridad líquida cubría la oscura roca y la pared de metal. Más allá del cruzatubos se extendía la maciza dársena principal, un cilindro dentro del conducto diseñado

para la contrarrotación y el acceso de los vehículos de carga. Decenas de kilómetros más al norte brillaba un punto de luz: la entrada de la primera cámara. Subimos al cruzatubos, presurizamos la estrecha cabina y nos quitamos el traje.

Kerria emitió una señal hacia la boca del conducto. Dos enormes puertas se deslizaron, cerrándose como fauces de labios negros, ocultando las estrellas.

—Limpio y despejado —dijo ella—. ¿De acuerdo?

—Limpio y despejado —respondí.

—¿De veras los generales creen que los jarts saldrán de la Vía y nos atacarán por la espalda? —preguntó Kerria jovialmente.

—Nos sorprendieron una vez. Podrían hacerlo de nuevo.

Kerria sonrió dubitativamente.

—¿Te dejo en la sexta cámara? —preguntó, elevando el vehículo.

—Primero debo hacer algunas cosas en Ciudad Thistle-down.

—Siempre tan misterioso —dijo Kerria.

Ella no tenía ni idea de cuánto.

Nos dirigimos al norte por el túnel. Los kilómetros pasaban deprisa. La entrada de la primera cámara se ensanchó, y entramos en la brillante luz del tubo.

Con sus cincuenta kilómetros de diámetro y sus treinta de profundidad, la primera cámara parecía, después de mi reciente perspectiva interestelar, el interior de un gran tambor achatado. La lentitud de nuestro cruzatubos enfatizaba su verdadero tamaño.

Veinticinco kilómetros más abajo, las nubes cubrían el suelo de la cámara. La atmósfera de la cámara tenía un espesor de veinte kilómetros; un mar de fluido revestía el tambor. Vi que una pequeña tormenta se preparaba en el piso de arriba. Ninguna tormenta podía alcanzarnos en el eje, pues navegábamos en un vacío casi perfecto.

La primera cámara se mantenía casi desierta, en prevención de cualquier fisura en las paredes del asteroide, relativamente delgadas en su extremo sur.

Avanzamos por la luz del tubo, un cilindro traslúcido de plasma reluciente de cinco kilómetros de anchura y treinta de longitud entre el casquete de la cámara norte y el de la cámara sur. Podíamos ver rápidas pulsaciones de luz desde nuestra posición en el eje, pero en el suelo de la cámara el tubo presentaba un fulgor amarillento constante, día y noche. Así era en las seis primeras cámaras.

La séptima cámara era diferente.

El conducto parecía un pinchazo en la pared curva y gris.

—¿Paso a manual y entro? —preguntó Kerria, sonriendo burlona.

Le sonreí a mi vez, pero no respondí. Ella tenía habilidad suficiente para hacerlo. Había pilotado muchos tipos de nave por la Vía.

—Será mejor que me relaje —continuó, ante mi silencio—. Te niegas a dejar que me luzca. —Cruzó los brazos detrás de la nuca—. Además, ha sido un día largo, podría errar.

—Nunca yerras.

—Te equivocas.

La ley del Hexamon exigía dos inspecciones por año. Defensa de la Vía había elevado su número a cuatro por año, con especial énfasis en la seguridad de la sexta cámara, la inspección de las baterías de reserva en las frías paredes exteriores de la nave, y el mantenimiento del conducto sur y los monitores externos. Esta vez Kerria y yo habíamos recibido órdenes de inspeccionar el lejano sur. Luego teníamos treinta días libres, y Kerria se consideraba afortunada. El vigésimo quinto aniversario de la Vía acababa de empezar.

Pero a mí me aguardaba una tarea desagradable: la traición, la separación, la conclusión de relaciones en las que

ya no creía pero de las que no estaba dispuesto a burlarme.

El casquete cubrió nuestra visión frontal y el segundo conducto nos engulló. A kilómetros de distancia, la entrada que conducía a la segunda ciudad, Alexandria, era otro punto brillante contra la opaca negrura del túnel.

—¿Ascensor? ¿O prefieres que descienda y te deje en alguna parte?

—Ascensor.

—Cielos —cloqueó Kerria—. ¿Malhumorado?

—Pareces una gallina.

—Jamás has visto una gallina viva. ¿Cómo puedes estar de mal humor con tanta libertad por delante?

—Aun así.

Entramos en la segunda cámara, del mismo tamaño que la primera, pero cubierta por la ciudad más antigua de Thistledown. Alexandria cubría dos tercios de la segunda cámara; tres mil cien kilómetros cuadrados de gloriosas torres blancas, doradas, bronceas y verdes dispuestas en espirales y filas escalonadas, paredes de cubos negros y dorados, suntuosas esferas que se elevaban desde cunas macizas, también llenas de colores y habitantes. Entre la ciudad y el casquete sur se extendía un «río» azulado de un kilómetro de anchura y varios metros de profundidad, que fluía bajo los elegantes puentes colgantes dispuestos en los cuatro cuadrantes del suelo. En los diseños originales de Thistledown, los parques de la ribera no existían; en su lugar se había levantado una barrera de «lodo» cien metros más alta que la ribera opuesta para mitigar los efectos de la aceleración de la nave. Pero en los primeros días de la construcción de Thistledown, ese problema se había resuelto mediante la maquinaria de amortiguación inercial de la sexta cámara. La misma maquinaria había permitido que Konrad Korzenowski concibiera la creación de la Vía siglos después. El suelo de la cámara era llano, no curvo; el parque y el río formaban franjas verdes y azules en torno al extremo meridional de la cámara.

Parques y bosques cubrían los espacios abiertos que separaban los vecindarios. En parcelas diseminadas en torno a la ciudad, trabajaban robots que levantaban estructuras destinadas a absorber la creciente población. Thistledown era joven.

Al cabo de siete siglos, los habitantes del asteroide sumaban setenta y cinco millones. Al principio de la travesía eran cinco millones.

Kerria volvió a cloquear y sacudió la cabeza. Sobrevolamos Alexandria y entramos en el tercer conducto. Cerca de la abertura norte, Kerria redujo la velocidad y se aproximó a una entrada elevada. Un pasaje de transferencia se extendió hacia la puerta del cruzatubos y desembarqué. Saludé a Kerria y entré en el gran ascensor verde y plateado. El aire olía a humedad y a gente, el limpio pero inconfundible perfume humano de la ciudad donde yo había pasado dos años enteros de mi juventud.

—¿Te veré dentro de pocos días? —preguntó Kerria, mirándome con cierta preocupación.

—Sí.

—¡Ánimo!

Incliné la cabeza para despedirme.

Durante el descenso, ordené a mi uniforme que se convirtiera en ropa civil, vestimenta diurna estándar estilo uno, levemente formal. No quería llamar la atención como miembro de Defensa de la Vía, un puesto que no era común en la comunidad naderita.

El ascensor tardó nueve minutos en llegar al suelo de la cámara. Salí y recorrí el pasillo que conducía a la cámara.

Crucé el puente Shahrazad, escuchando el murmullo del poco profundo río Ra y el susurro de los miles de cintas rojas que ondeaban en los cables bajo la suave brisa del casquete sur. Este mes algún vecindario había escogido aquella decoración para el puente; otro mes tal vez estuviera repleto de robots diminutos y relucientes.

Ciudad Thistledown había sido construida durante los dos primeros siglos que siguieron a la partida de la nave estelar. Con sus cables concatenados que iban de un casquete al otro y de los que pendían esbeltos edificios blancos, parecía mucho más vasta que Alexandria. Era típicamente geshel. Aun así, en los conflictos más graves entre geshels y naderitas a bordo de la nave, después de la inauguración de la Vía, muchos naderitas conservadores y radicales habían tenido que abandonar sus hogares de Alexandria para instalarse en Ciudad Thistledown. Todavía existían importantes vecindarios naderitas cerca del casquete sur. También aquí había nuevas construcciones en proceso, con arcos paralelos a los casquetes, el más grande de los cuales estaba previsto que tuviera diez kilómetros de longitud.

Un breve paseo me llevó al alto edificio cilíndrico donde había pasado mi infancia. Atravesando pasillos redondos y bañados de luz, mientras mi silueta creaba y disolvía arcos aleatorios alrededor, regresé a nuestro viejo apartamento.

Mis padres estaban en Alexandria, para escapar de las celebraciones. Yo lo sabía antes de ir allí. Entré en el apartamento, cerré la puerta, me acerqué a las placas de memoria de la sala de estar.

Durante veinticuatro años yo había guardado un importante secreto, conocido por mí y tal vez por otra persona: el hombre, la mujer o criatura que había puesto al viejo amigo en este edificio sin pensar que un niño curioso podía toparse con él accidentalmente. Yo estaba ahí para visitar a un amigo que había muerto antes de mi nacimiento y cerciorarme de que todavía estaba oculto e intacto en su perfecto escondrijo.

Yo conocía —y también esa otra persona, estaba convencido— el lugar de reposo final del gran Konrad Korzenowski; no la tumba de su cuerpo, sino de lo que restaba